

truccion del hombre y de los monumentos artísticos; en sociedad, la guerra; en las naciones, la guerra civil; en el mando, el despotismo; en los pueblos, el derecho de insurreccion; en los centros de poblacion, los levantamientos y los motines; en las villas y ciudades, las sociedades secretas; en patriotismo, el cosmopolitismo ó la venalidad al extranjero; en costumbres, la desmoralizacion; en tradiciones, la abolicion; en riqueza, la desamortizacion; en opiniones, la conveniencia y el interés; en contratos, el utilitarismo; en materias eclesiásticas, la dependencia de la Iglesia y del Clero; en concordatos, el despojo de la Iglesia; en religion, la libertad de cultos y la tolerancia religiosa; en la propagacion de la especie, el matrimonio civil; en el hogar doméstico, la perturbacion de las familias; en legitimidad, la conculcacion de todos los derechos; en agricultura, el abandono; en las artes, el sensualismo; en industria, el lujo; en el comercio, el libre cambio ó el monopolio; en las ciencias, la ignorancia; en antigüedades, el olvido; en instruccion pública, la confusion y el extravío de la inteligencia; en erudicion, el charlatanismo; en crítica, la parcialidad; en historia, la adulteracion de los hechos; en filosofia, el sofisma; en adelantos, el materialismo; en el discurso, la falsificacion de la verdad; en ilustracion, el oscurantismo; en el habla, la corrupcion del lenguaje pátrio, y así por este tenor en todos los ramos de la administracion pública, y en todas las cosas humanas» (1).

Nada añadiremos por nuestra parte; pero si fuera necesario, no haríamos otra cosa que remitir á los lectores á la experiencia de los últimos cuarenta años, que es la enseñanza más eficaz.

Queda, pues, juzgado el liberalismo en el orden filosófico, en el orden religioso y en el orden político, y bajo cualquiera de estos tres aspectos aparece, como hemos

(1) *Fé, ciencia y civilizacion*, por D. Silvestre Losada, pág. 60.

sentado, radicalmente falso, malo, anticatólico y perturbador.

Decidan, pues, los lectores imparciales y de buena fe, «si es lícito hoy sostener las doctrinas liberales y enarbolarse la bandera del liberalismo, ó si, por el contrario, están obligados todos á luchar contra él, para mantener los fueros de la libertad verdadera, compatible siempre con todos los grandes principios que sirven de fundamento á la familia, á la sociedad y al Estado.»

CONCLUSION.

¿Está en decadencia el Catolicismo?

Inútil parece esta pregunta despues de todo lo que hemos dicho en el cuerpo de esta obra.

Sin embargo, parece hay muchos ilusos que, juzgando segun los deseos de su depravado corazon, se atreven á contar los dias que restan al Catolicismo sobre la tierra. Los refutaremos en pocas palabras enumerando las principales manifestaciones de la vida robusta y vigorosa que está dando el Catolicismo en toda la tierra.

No, no decae el Catolicismo, por más que muchos lo deseen y lo procuren; por más que las naciones se declaren oficialmente ateas; por más que las puertas del infierno estén más que nunca conjuradas para su ruina.

No, no decae el Catolicismo, por más que al parecer se oscurezca su brillo público en algunas localidades. Jesucristo no está circunscrito á ningun pueblo determinado. Si algun Gobierno le destierra, si de algun país le rechazan, sacudirá el polvo de sus piés y marchará gloriosamente á iluminar otras comarcas más dóciles y más dignas de su gracia. Más de la mitad de la humanidad no ha abrazado todavía la verdadera fe; pero está preparándose para ello. Jesucristo vino á rescatar y redimir á todos los hombres, y no es creible que los deje sumidos para siempre en las sombras del error. Él envía sus operarios á las nacio-

nes lejanas; las misiones florecen y prosperan de una manera maravillosa, y el número de los católicos aumenta sin cesar en las naciones infieles á pesar de las persecuciones. Pueblos enteros vienen á la fe, y reparan con creces las pérdidas aparentes que puede tener la Iglesia en algunas naciones de Europa. Este asombroso progreso de las misiones, este gigantesco y ascendente movimiento de los pueblos idólatras hácia el Catolicismo, es una buena prueba de que éste, no solo no decae, sino que florece.

No, no decae el Catolicismo ni aún en la vieja y corrompida Europa. Es cierto que la impiedad y la incredulidad y la indiferencia en materia de religion se ostentan descaradamente en esta parte del mundo; pero no es ménos cierto que se ven también brillantes y numerosas manifestaciones de la vida católica, y, sobre todo, que abundan tanto como los impíos ó acaso más los verdaderos y decididos adoradores de Jesucristo, aunque se oculten modestamente por efecto de su misma piedad, que es enemiga de la ostentación. No negamos que los que solo frecuentan los cafés, los teatros y los paseos, los que solo se fijan en la superficie de las cosas, al ver que por todas partes rebosa la corrupción y el indiferentismo, pueden pensar que el Catolicismo decae; pero los que frecuentan los Templos y penetren en lo interior de las almas, los que saben la frecuencia con que reciben los sacramentos, los que conocen las virtudes y las obras santas que se llevan á cabo en silencio, podrán pensar con más motivo que el Catolicismo nunca ha tenido más vida.

No, no decae el Catolicismo, pues vemos que muchas naciones van volviendo poco á poco á esta Iglesia que abandonaron sus padres. En los países protestantes aumenta de día en día el número de los católicos. En esos países el Catolicismo, injustamente perseguido, resiste con firmeza, lucha noblemente y vence. Cuanto más fuertes son las persecuciones que sufre, tanto más gloriosos son los triunfos que consigue (1).

(1) «El Episcopado y el Clero en Alemania, en Suiza y en otros países, unidos al pueblo verdaderamente cristiano».

No decae el Catolicismo, pues no pueden ser ilusorias las promesas de Nuestro Señor Jesucristo, que las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra su Iglesia, y que El está con ella hasta la consumación de los siglos.

No solo no decae el Catolicismo, sino que se consolida y progresa. Los que le estudien con ojos desapasionados no pueden ménos de convenir en ello, y aún sus enemigos tienen que confesarlo.

Nunca se ha manifestado el Catolicismo en las épocas de su mayor esplendor, más glorioso y arraigado que en los tiempos modernos.

El Episcopado y el Clero de nuestra época pueden presentarse como modelo en la historia de la Iglesia, y si hay algunos abusos por parte de ciertos particulares, no pueden compararse ni con mucho á los de otros tiempos, y debemos confiar que se corregirán en su mayor parte, cuando se termine el Concilio Vaticano, que se propone dar importantes decretos acerca del Clero y las Ordenes religiosas (2). El Episcopado y Clero de todos los países se distinguen por su ciencia sólida, siempre á la altura de todos los adelantos y descubrimientos del siglo, por su celo, por su laboriosidad, por su piedad, por la modestia de su vida, y,

constituyen un espectáculo que admiran al mundo, los Angeles y los hombres: son como antorcha espléndida que atrae á sí las miradas de todos, muchos de los cuales imitan su ejemplo. *Oportet hæreses esse, ut qui probati sunt manifestentur in vobis*, enseña el Apóstol. Esta dolorosa necesidad de errores y herejías, proclamada hoy, y más impudicamente sostenida por ciertos prepotentes, son causa de que los corazones generosos se presenten á sostener la verdad sin temor á las amenazas, ni á las penas, ni á la muerte. Así la religion se muestra grande y digna, multiplicándose sus secuaces verdaderos, decididos y constantes. Discurso de Pío IX en la audiencia concedida el 4 de Abril de este año.

(2) Sabido es que el Concilio Vaticano se halla suspendido á consecuencia de la inicua ocupación de Roma el 20 de Setiembre de 1870, pero que volverá á reunirse cuando las circunstancias lo permitan, sin necesidad de especial convocación.

sobre todo, por la admirable unidad entre sí, y con la Silla apostólica (1). Cuatro veces, durante el Pontificado de Pío IX, ha acudido personalmente el Episcopado católico á darle pruebas de su sincera adhesión, siendo de notar que cada vez era mayor el número (2).

Los fieles de todos los países dan pruebas todos los días de cuán arraigado está en ellos el espíritu católico. El *dinero de San Pedro* va en aumento y recibe á veces donativos verdaderamente régios. Los fieles de todo el mundo no se cansan de contribuir á sostener el esplendor de la cátedra romana, desde la pobre viuda que da un ochavo, hasta el opulento magnate que ofrece miles de duros, y gracias á esta piedad de los fieles el Erario pontificio puede disponer de tantos recursos como cuando tenía sus Estados. Todo el mundo recuerda el ardiente entusiasmo con que se celebró el 25 aniversario de la exaltación de Pío IX al Pontificado, único que ha contado en su silla los años que San Pedro.

Todo el mundo ha visto el gigantesco movimiento católico con motivo de los jubileos concedidos por el actual Pontífice en varias ocasiones. Todo el mundo tiene noticia de esas grandiosas peregrinaciones ordenadas el año pasado á los Santuarios más célebres, y de los miles de personas que vinieron á tomar parte en ellas, hasta de los Estados-Unidos de América. Aquellos ejércitos piadosos recorrieron la tierra edificándola con los ejemplos de su devoción y de su fe. Solo el Catolicismo puede organizar tales pe-

(1) De esto tenemos en España dos magníficos ejemplos, en la cuestión del juramento á la Constitución, y recientemente en la cuestión de las Ordenes militares. Véase la excelente revista *El Consultor de los Párrocos*, que ha seguido paso á paso todos los detalles de esta última cuestión, ha publicado todos los documentos para entenderla, y la ha esclarecido con muchos y fuertes argumentos.

(2) A la definición de la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen, acudieron á la canonización de los mártires del Japon, al centenar de San Pedro, al Concilio Vaticano.

regirinaciones. Y, ¿quién no ha visto la solemnidad, magnificencia y ostentación con que se celebran las funciones religiosas en los pueblos católicos, las fiestas religiosas y procesiones de la *Semana Santa*, las majestuosas procesiones del *Corpus*, etc., etc.? Y, ¿habrá todavía quien sostenga que está en decadencia el Catolicismo?

En nuestros días se ha visto la celebración del Concilio Vaticano, esa augusta asamblea que parecía imposible en el siglo XIX, y que, á pesar de ser este siglo tan fecundo en cosas grandes, será tal vez su acontecimiento más importante. No ha podido darse prueba más evidente del vigor y de la robustez de la Iglesia en todo el mundo, y de la admirable unidad que la distingue y la sostiene. Casi todos los Obispos católicos acudieron al llamamiento del Papa, demostrando que el Catolicismo en todo el globo solo forma un solo rebaño con un solo pastor.

Además, vemos extendidas por doquiera esas admirables asociaciones de la *Juventud católica*, que son la esperanza más legítima de la Iglesia, y que justifican la expresión de un escritor moderno que las generaciones que suben son mejores que las generaciones que bajan. Esta juventud generosa y entusiasta trabaja activamente en favor de la causa católica y prepara su triunfo completo en el porvenir. Allega recursos para todas las obras generosas, escribe revistas y periódicos, hace propaganda, organiza escuelas, forma bibliotecas, estudia y ora.

Cada día se fundan nuevas Ordenes religiosas (1), ó se reforman las antiguas. Nunca faltan almas virtuosas que renuncian á las vanidades del siglo para encerrarse en un claustro y consagrarse enteramente al bien espiritual y temporal de sus hermanos y á su propia santificación. Estas son las flores más bellas de la Iglesia católica, y las más lozanas producciones de la sávia vivificadora que la penetra por todas partes.

(1) Solo el actual Pontífice Pío IX ha aprobado cinco nuevas Ordenes destinadas á la instrucción y á obras de caridad.

Mil escritores ilustres consagran sus talentos á defender esta religion divina de los enemigos que la atacan en todos los terremos. Se multiplican las obras, los periódicos, las revistas, los discursos, con una actividad digna de la noble mision que han abrazado. El Catolicismo consigue nuevos triunfos en el terreno de la ciencia, á medida que que ésta hace mayores progresos, y hoy son defendidas en nombre de la ciencia muchas verdades católicas que ántes la misma ciencia rechazaba. El progreso de las ciencias que ántes parecían más enemigas de nuestra religion, la ha hecho brillar en nuestra época con sus más puros resplandores.

Hoy está todo impregnado de Catolicismo, hasta lo que parece más extraño á él. Todas las cuestiones filosóficas, políticas y sociales se relacionan íntimamente con sus principios y doctrinas, y él está en el fondo de todos los designios humanos, de todas las luchas de la inteligencia, sea para destruirlo si fuera posible, sea para defenderlo. Si por un imposible el Catolicismo se quitara repentinamente de la tierra, desaparecería con él la sociedad entera.

Si, el Catolicismo vive y vivirá hasta la consumacion de los siglos, porque es divino.

Los que confiais en el triunfo de alguna causa humana, cuando la veis muy extendida y defendida por muchos con entusiasmo, confiad en el triunfo próximo y completo de la Iglesia, áun humanamente hablando. De un polo á otro polo está extendida y profundamente arraigada más que cualquiera otra idea; tiene servidores más entusiastas y decididos que cualquiera otra causa, dispuestos á sacrificar por ella su tiempo, sus destinos, su posicion, sus intereses y hasta su vida; tiene las virtudes más sólidas y heróicas; tiene sobre todo una unidad estrecha que la hace poderosa é invencible, y tiene tambien en su apoyo las mismas divisiones de sus enemigos. Por último, elevando más altas nuestras miradas, tiene una fe inquebrantable en Aquel que dijo: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

LAUS DEO ET B. V. MARIE.

ÍNDICE.

TERCERA PARTE.

LA IGLESIA CATÓLICA CONSIDERADA EN SUS OBRAS.

	Págs.
CAPÍTULO PRIMERO.—La Iglesia y la civilizacion.	7
PÁRRAFO PRIMERO.—La civilizacion pagana.—Su falsedad real.—Triste condicion de las clases numerosas.—Degradacion de la mujer y de los hijos.—La Iglesia salvó la sociedad y la familia. . . .	11
PAR. II.—Abolicion de la esclavitud por el Catolicismo.—Hasta qué punto aprecia la Iglesia la libertad del hombre.—Los mercenarios.	23
PAR. III.—Tráfico de negros.—Conducta de la Iglesia en este punto.	28
CAP. II.—La civilizacion sin la Iglesia.	31
PAR. I.—La civilizacion protestante.	32
PAR. II.—La civilizacion moderna.	38
PAR. III.—Justicia con que el Papa ha condenado la civilizacion moderna.	42
CAP. III.—La Iglesia en la legislacion.	48
PAR. I.—Derecho canónico.	51
PAR. II.—Derecho civil y penal.	54
PAR. III.—Derecho público.	57